

HOMILIA EN LA FESTIVIDAD DE SANTO TOMAS DE AQUINO

GONZALO ARANDA

Celebrar la fiesta de Sto. Tomás de Aquino representa un acto habitual cada año en la vida de la Universidad. Pero no por ello deja de ser una ocasión privilegiada para sentirnos familia universitaria, para agradecer un vez más al Señor sus innumerables beneficios, y para dar un mayor impulso a nuestro quehacer cotidiano. ¿Qué mejor contexto para ello que haber escuchado la Palabra de Dios, recordando al mismo tiempo la figura del Santo de Aquino que por su labor docente ha sido llamado Doctor Común de la Iglesia, y por la excelencia de su enseñanza Doctor Angélico?

La lectura del Santo Evangelio que nos ha ofrecido hoy la Liturgia presenta una parábola de Nuestro Señor: la parábola del Sembrador¹. Jesús mismo explica el significado de esta parábola: la semilla es la Palabra de Dios; y las disposiciones con que los hombres la reciben condicionan el fruto que la semilla puede producir en ellos. Vemos aquí, en primer lugar, la grandeza con la que el hombre ha sido creado: puede acoger, en libertad, la Palabra de Dios, y, al mismo tiempo, sólo cuando se entrega con fe a esa Palabra, su vida fructifica en los verdaderos valores; aquellos que espera de él su Creador, y que aprecia como válidos y deseables la misma conciencia del hombre. Así, en la entrega de la fe, el hombre encuentra sentido a su vida, llega a ser verdaderamente libre, porque la Palabra de Dios es la Verdad que fundamenta la existencia humana². Como decía Jesús a los que habían creído en El: «Si os mantenéis fieles a mi Palabra... conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres»³. Creer en Jesucristo, acoger y hacer fructificar, como tierra buena, su Palabra, es el

1. Cfr. Mc 4,2-20.

2. Cfr. Jn 17,17.

3. Jn 8,31-32.

camino para conocer y permanecer en la Verdad y llegar a ser verdaderamente libres.

De Santo Tomás aprendemos —lo escribe en su comentario al Ev. de San Juan— cuál ha de ser la actitud nuestra ante la Palabra de Dios, ante la Verdad divina: solicitud para escuchar, dice, asentimiento para creer, y constancia para permanecer⁴. Se concretan así las disposiciones de aquellos que, al recibir la semilla, dieron fruto: el treinta, sesenta, o ciento por uno. Esas disposiciones requeridas ante la Palabra de Dios, Verdad increada, son también válidas y van ciertamente muy unidas a las disposiciones con que nos enfrentamos a la verdad creada, la verdad acerca del hombre, la verdad acerca de la naturaleza, objeto de nuestro quehacer universitario.

Solicitud para escuchar. Significa «abrir la inteligencia y aplicar el entendimiento para escuchar las palabras del maestro»⁵.

El Maestro, con mayúscula, es Cristo, y sólo El tiene palabras de vida eterna. Maestro singular, pues no sólo enseña la Verdad, sino que potencia con su gracia el entendimiento de sus discípulos para poder captarla. «Abrió sus inteligencias, narra San Lucas, para que comprendieran las Escrituras»⁶. Así, ante la Verdad de Cristo, la Verdad revelada, el Evangelio, la actitud primera del hombre es escuchar. *Fides ex auditu*, la fe viene por la escucha⁷. El hombre ha de escuchar con sencillez de corazón y humildad esa Verdad que sobrepasa, sin duda, la capacidad del propio entendimiento humano, pero que se ofrece al hombre como un don que dará sentido a toda su existencia. ¿Qué verdad es ésta? Nos la resume así Mons. Escrivá de Balaguer: «saber que hemos salido de las manos de Dios, que somos objeto de la predilección de la Trinidad Beatísima, que somos hijos de tan gran Padre»⁸. Y advierte a continuación: «No lo olvidéis: el que no se sabe hijo de Dios desconoce su verdad más íntima, y carece en su actuación del dominio y del señorío propios de los que aman al Señor por encima de todas las cosas»⁹.

Estar en disposición de escuchar esta Verdad, abiertos a recibir la verdad que viene de Dios acerca del hombre, esto es ser como la tierra que recibe la semilla. De un modo u otro a todo hombre le llega el eco de la Palabra de Dios, pues Dios nunca dejó de dar testimonio de Sí mismo¹⁰. Pero esa disposición, actitud profunda, de escuchar constantemente la Verdad que viene de Dios, la Verdad increada, se trasluce y va

4. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Super Evangelium S. Ioannis lectura*, c. VIII, lect. IV, 1.

5. *Ibidem*.

6. Lc 24,45.

7. Rom 10,14-17.

8. MONS. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, n. 26.

9. *Ibidem*.

10. Cfr. Act 14,17.

íntimamente unida a la actitud del hombre ante la verdad creada, ante la verdad natural, pues también esta verdad, humanamente cognoscible, que encierran las cosas creadas proviene de Dios Creador. En efecto, Sto. Tomás explica que en nuestro entendimiento está la verdad, en tanto en cuanto entiende las cosas tal como las cosas son. La verdad que el hombre alcanza es, por tanto, una verdad *mensurata*, medida por la realidad que Dios creó; no es una verdad *mensurans*, que hace la verdad de las cosas. Sólo Dios es la Verdad *mensurans*¹¹. El hombre, pues, puede descubrir la verdad, pero no crear la verdad.

De ahí que Sto. Tomás llegue a escribir: «No se trata de saber qué opinan los hombres, sino cuál es la verdad»¹². Y apoyado en este principio orientó su esfuerzo intelectual en el descubrimiento de la verdad, sobresaliendo entre todos por su realismo y objetividad. Lección preciosa para nuestro tiempo en que parece reavivarse aquella motivación del pecado original —querer ser como dioses— precisamente cuando el hombre piensa que él, con su hacer y su forma de pensar, es quien determina la verdad sobre el hombre y la vida, y no quien debe escuchar y someterse a la verdad. Lo advierte Su Santidad Juan Pablo II considerando la figura del Doctor Común: «El hombre es señor de sí mismo, puede proveer por sí y proyectar el propio destino. Sin embargo, este hecho considerado en sí mismo, no decide todavía sobre la grandeza del hombre y no garantiza la plenitud de su autorrealización personal. Solamente es decisivo el hecho de que el hombre se someta en su actuar a la verdad, que él no determina, sino que sólo la descubre en la naturaleza, y que se le ha dado junto con el ser (...) Dios es quien pone la realidad como Creador y la manifiesta aún mejor como revelador en Jesucristo y en su Iglesia...»¹³.

Cuando el hombre no quiere escuchar la verdad sucede, como enseña S. Pablo en la Primera Carta a los Corintios, que pierde su referencia a Dios, y entonces la sabiduría humana se convierte en estupidez, porque lleva no a la salvación del hombre, sino a su condenación¹⁴.

Asentimiento para creer es el segundo punto que señala Sto. Tomás enseñando la actitud que ha de tenerse ante la Palabra de Dios. El asentimiento para creer significa fe¹⁵. No se trata sólo de escuchar y conocer la Palabra de Cristo, sino de aceptarla como verdadera y salvadora. Quien la acepta así es como la semilla que prende y echa raíces, porque es acogida con el obsequio de la mente y del corazón. Este asentimiento que

11. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Ibidem*, c. XVIII, lect. VI, 11.

12. IDEM, *De coelo et mundo*, I, lec. 22.

13. S. S. JUAN PABLO II, Discurso en la Pontificia Universidad de Sto. Tomás de Aquino, (17-XI-1979) n.º 9.

14. Cfr. I Cor 1,18-25.

15. Cfr. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Super Evangelium S. Ioannis lectura*, c. VIII, lect. IV, 1.

llamamos fe es, pues, a la vez fruto del don de Dios y de la libertad del hombre, que, sin ser obligado por la fuerza de la evidencia o las señales a su alcance, se entrega a Jesucristo como a la Verdad. Y ahí, en Cristo crucificado y resucitado, encuentra la verdadera sabiduría de Dios¹⁶, ahí goza de la verdadera libertad a la que está llamado¹⁷.

En efecto, en la entrega al Señor por la fe se adquiere la suprema sabiduría, aquella que esclarece el sentido de la existencia y colma la sed del espíritu humano¹⁸. Pero al mismo tiempo, la sabiduría de la fe pone al hombre en disposición de acceder auténticamente a las verdades objeto de la sabiduría humana. Con palabras de maestro lo explica Sto. Tomás al comentar la frase de Jesús «Yo soy la verdad». «La Palabra de Dios, escribe, es verdadera por sí misma (...) por eso el Verbo de Dios —Jesucristo— es *ipsa veritas* —la verdad misma—. Y puesto que nadie puede conocer la verdad si no se adhiere a la verdad, conviene que todo aquel que quiera conocer la verdad se adhiera al Verbo de Dios»¹⁹. De este modo, el cristiano está en condiciones no sólo de descubrir la verdad natural de las cosas y sobre el hombre, como cualquier otro estudioso, sino de iluminar e integrar esas verdades parciales —vengan de uno u otro campo de la ciencia— en la verdad una acerca del mundo y del hombre criatura e hijo de Dios.

En la entrega a Cristo por la fe se adquiere también la suprema libertad: la libertad de los hijos de Dios. Libertad que se fundamenta en la Verdad de Cristo y de su Obra Redentora. De ahí que diga Jesús: «Si os mantenéis fieles a mi Palabra conoceréis la Verdad y la Verdad os hará libres»²⁰. Pero el asentimiento de fe a la Verdad de Cristo, el vivir la libertad cristiana, se apoya, y exige al mismo tiempo, una actitud humana sincera respecto a la verdad y la libertad. Oigamos de nuevo al Papa, que comenta así las palabras citadas del Evangelio de San Juan: «Estas palabras —escribe en la Encíclica *Redemptor Hominis*— encierran una exigencia fundamental y al mismo tiempo una advertencia: las exigencias de una relación honesta con respecto a la verdad, como condición de una auténtica libertad; y la advertencia, además, de que se evite cualquier libertad aparente, cualquier libertad superficial y unilateral, cualquier libertad que no profundiza en toda la verdad sobre el hombre y sobre el mundo. También hoy después de dos mil años, Cristo se nos aparece como Aquél que trae al hombre la libertad basada en la verdad, como Aquél que libera al hombre de lo que limita, disminuye y casi destruye esta libertad en sus mismas raíces, en el alma del hombre, en su corazón, en su conciencia»²¹.

16. Cfr. I Cor 1,24.

17. Cfr. Gal 5,1.

18. Cfr. Jn 4,14.

19. Sto. TOMÁS DE AQUINO, *Ibidem*, c. XIV, lect. II, 3.

20. Jn 8,32.

21. S. S. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptor hominis*, n.º 12.

La tercera exigencia ante la Palabra de Dios es *la constancia para permanecer*, sigue enseñando Sto. Tomás²². Significa la fidelidad aun en medio de las contradicciones. Es la semilla que no queda agostada por los ardores del sol, ni sofocada por los espinos, sino que produce el fruto que espera el Sembrador²³. El Señor puede esperar y exigir nuestra fidelidad porque El es fiel. Lo manifiesta al decirnos que El es la Verdad, pues con El se han realizado, se han hecho verdad, las promesas de Dios a su Pueblo en la Antigua Alianza. Santo Tomás recoge este sentido del término Verdad aplicado a Cristo, que ya explicaba S. Agustín²⁴, y que la exégesis actual gusta poner de relieve al considerar aquella manera original y única de expresarse Jesús, cuando antepone a sus palabras la fórmula *Amén, Amén* —En verdad, en verdad os digo—. Deja entender la seguridad que encierran sus palabras como manifestación de la fidelidad de Dios.

De la fidelidad de Dios, de su gracia, y de la fidelidad del hombre, su cooperación a la gracia, se deriva la santidad del cristiano. Este es el fruto de la Palabra, la semilla, que desea el Sembrador, nuestro Señor, cuando pide al Padre: «Santifícalos en la Verdad, tu Palabra es Verdad»²⁵.

Así, el camino de la santidad se teje de fidelidad a la verdad. A la verdad increada —la Palabra de Dios— por la fe; y a la verdad creada —la verdad de las cosas y acerca del hombre— por el trabajo intelectual. Viene a la memoria cómo el primer Gran Canciller de esta Universidad nos invita a realizar la unidad de vida en la fidelidad a la verdad: «Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si El ha creado al hombre a su imagen y semejanza (cfr. Gen 3,26) y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con duro trabajo— entrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y, con la luz de la fe, percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia. No podemos admitir el miedo a la ciencia, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo *Ego sum veritas* (Jn 14,6). Yo soy la Verdad»²⁶.

Desde esta perspectiva podemos valorar el esfuerzo por alcanzar la ciencia humana, en todas sus ramas, como parte integrante de nuestra vocación cristiana, como fruto de la semilla de la Palabra de Dios en nuestro corazón, como el ámbito donde se realiza nuestra unión con Jesucristo. Porque en El la Verdad increada y la verdad creada se han hecho una sola Verdad, como la naturaleza divina ha asumido la naturaleza humana en la unidad de la Persona.

22. Cfr. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Ibidem*, c. VIII, lect. IV, 1.

23. Cfr. Mc 4,8-9.20.

24. Cfr. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Ibidem*, c. I, lect. X, 1.

25. Jn 17,17.

26. MONS. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n.º 10.

Vivir haciendo fructificar la Palabra de Dios, con esas disposiciones que nos ha marcado Sto. Tomás, supondrá además percatarse de lo que significa realmente ser maestro y ser discípulo, y de la relación que entre ambos existe. Escuchar a Jesucristo, creer en El, permanecer en su Palabra orienta a quienes nos dedicamos a las tareas de la vida universitaria a superar las categorías de profesor-alumno, para esforzarnos en crear otras nuevas: las de maestro-discípulo. Aprendemos. —todos— lo que es ser discípulos cuando escuchamos a Cristo; aprendemos lo que es ser maestro cuando contemplamos a Cristo; estamos en disposición de establecer la relación maestro-discípulo cuando todos vivimos unidos a Cristo.

Miremos a nuestra Madre, la Stma. Virgen, que mereció aquella alabanza del Señor: Bienaventurada... porque escucha la Palabra de Dios y la cumple, la hace vida ²⁷. Pidamos su intercesión para que sepamos cumplir en la tarea de cada día, aquí en la Universidad de Navarra, la Palabra de Dios que hemos escuchado. Respuesta inmediata a esa Palabra es la participación en el Sacrificio del Altar, donde Cristo, que es la Verdad, se nos ofrece realmente presente.

27. Cfr. Lc 8,19.